

Los señoritos de nota. ("La Publicidad", Barcelona, 19 abril 1918)



Pocas cosas más tristes que la vejez de la mayor parte de nuestra juventud estudiantil. Y no decimos estudiantil porque no es lo mismo. Parece que han nacido cansados esos supuestos jóvenes, que sobre ellos pesa la pesadumbre de siglos de modorra.

Antes de estallar la guerra actual, que es una revolución mundial, más de una vez nos apenó el espectáculo de lo fríos que les dejaban los grandes acontecimientos civiles del mundo culto. Jamás se asociaban a esos grandes hechos o a las grandes conmemoraciones de los pasados. Más de una vez oímos de labios extranjeros: "Cuando ocurre algo que encuentra eco, de aprobación o de censura, del mundo todo culto y se recibe en la nación en que ocurre testimonios colectivos de la juventud de las Universidades de otras naciones casi siempre fallan las de España." Lo que tenía yo que replicar de momento que acaso nuestros estudiantes no habían enterado de la ocurrencia.

Nunca olvidaremos la impresión tan grata que nos produjo la celebración del centenario de Darwin en la estudiantina de la Universidad de Valencia, fiesta a que fuimos invitados y donde hablamos a los estudiantes. Pero era que por aquella Universidad de Valencia había pasado un maestro, un verdadero maestro, más bien un apóstol, el señor Boscá, que había enseñado la seriedad y la fecundidad culturales del darwinismo.

Cuando estalló la guerra esperamos que habría de sacudir también a nuestra estudiantina y que ésta habría de comportarse intelectual y cordialmente respecto a ella y a los problemas que suscita muy de otro modo que el montón ignaro de los que asisten a verla—de lejos, claro!—como quien asiste a una corrida de toros y se apacientan con la prosa de revistero taurino, de un Armando Guerra. Pero nuestro desencanto ha sido grande. El trogloditismo de la juventud estudiantil troglodítica es del mismo género que el trogloditismo de cualquier analfabeto.

Es muy natural y humano que esa juventud, compuesta de reclutas disponibles en su mayoría extreme la neutralidad a toda costa y trance y pase lo que pasare. Ni se puede ni se debe pedir que muestren un espíritu heroico y que a cada agresión y afrenta que España sufre de parte de Alemania, a cada nuevo asesinato de españoles por parte de los submarinos alemanes chillen como chi-

llaban durante la guerra con Cuba y los Estados Unidos saliendo a la calle, con sus banderas, a cada momento a pedir el exterminio de los tocineros yanquis. Entonces, además, no había servicio militar general obligatorio y aquellos estudiantes que vociferaban por las calles vivían bien seguros de que no se les mandaría a Cuba o a Filipinas a vengar... no sabemos qué.

Si, es muy natural y muy humano este neutralismo a todo trance y costa de nuestra juventud a la vez que académica militar, pero no es sólo el horror—horror muy justificado—a la guerra lo que les paraliza; es también de horror a la revolución que puede traer consigo.

Lo más de nuestra juventud académica es vergonzosamente conservadora y lo es no por convicción, sino por miedo; lo es por miedo a tener que luchar para abrirse paso y hacerse un puesto en una sociedad convulsionada por hondas renovaciones revolucionarias. Una revolución altera las oposiciones a cargos públicos y trastorna los agarraderos del favor y del patrocinio.

Si se mira al fondo de ese bochornoso maurismo de tantos señoritos, se ve que aparte de cierto esteticismo de gentes bien—¡qué lúgubremente cómico es este nuevo giro de importación ultramarina!—hay el miedo de que una sacudida a las entrañas de la sociedad española, tal como la traería nuestra participación en la guerra, alterase los valores hoy corrientes y esos mocetes ni siquiera pudiesen hacer valer sus "sanas doctrinas" para obtener una mano que empuñara una buena dote.

Cuando las huelgas del último pasado agosto hubo candidas gentes del pueblo que esperaron que los soldados llegarían a no disparar sobre los huelguistas o irían a unirse a ellos. Decíase que estaba muy trabajado el ánimo de la soldadesca en los cuarteles y que en éstos se había hecho propaganda; que los armados hijos del pueblo no se volverían contra sus inermes hermanos que pedían justicia. Pero no contaban con el señorito, con el joven maurista o tradicionalista o troglodita, con el niño de cuota; y sabemos que una buena parte—no todos, claro está y a Dios gracias!—de estos señoritos para quienes el ir a clase de uniforme de soldado raso era una ostentación, y no de patriotismo, una espectacularidad de "snob", fueron de los más ensañados contra el

pueblo. Y esto para que se diga que las filas de la milicia son una escuela de democracia!

La juventud de nuestra lamentable clase media y más de la llamada alta, la juventud compuesta de los que serán mañana abogados, médicos, profesores, ingenieros, funcionarios públicos, políticos activos, respira hoy, en general, un aliento del aire espiritual más enardecido y ardecido. Su preocupación es el destín. Los mismos que se alistaron en una u otra de esas llamadas "juventudes" en cuanto llegan los días graves y decisivos de tomar oficio y estado acobardan y se hacen vilmente conservadores. Y decimos vilmente porque es sin convicción.

He aquí porqué esa juventud que antaño se alborotaba por cualquier fruslería y se echaba a la calle a dar ociosos gritos de la más grotesca patriotería se está ahora achantadita. Y si rebulle será cuando restablezcan las reválidas o en otro caso así.

Vamos ya para viejos y al observar la falta de espíritu de esta juventud en que querríamos apoyarnos pensamos con amarga tristeza en lo que habrá de ser la España espiritual después que nuestros ojos y nuestra boca estén cerrados por la tierra de la España material.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia.)



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA